

HISTORIAL CRÍTICO DE UNAS LÁPIDAS TARRACONENSES

En el presente trabajo nos hemos propuesto escribir un historial crítico de unas lápidas romanas desaparecidas de Tarragona a principios del siglo XVIII. Esta cuestión, después de muchísimos años de no haber sido discutida ni siquiera tratada, ha subido de pronto al plano de la actualidad gracias a las relaciones que pueden existir entre la desaparición de esas lápidas y la presencia en el fondo de las aguas de una cala próxima a nuestra ciudad, del sarcófago de Punta de la Mora felizmente descubierto y rescatado el mes de Agosto del año pasado. Ello nos obliga a poner al historial de aquellas lápidas una especie de preámbulo en el que hemos de dar cuenta de las circunstancias en que fué descubierto el sarcófago y que suscitaron el estudio de un problema durante largo tiempo olvidado en el campo de la Arqueología tarraconense.

El descubrimiento del sarcófago causó honda sensación en el público culto de la ciudad. Durante muchos días fué visitado por grupos compactos de ciudadanos y el hallazgo fué tema de las conversaciones y discusiones de los amantes de las glorias pretéritas de Tarraco. El sarcófago había surgido del fondo del mar, sin ninguna inscripción que pudiese servir de guía para el conocimiento de su historia, y enteramente vacío, pero lleno de problemas e interrogantes. Las gentes discutían principalmente dos cuestiones. ¿A qué circunstancias se debía su emplazamiento bajo las aguas del mar en aquella cala? ¿Qué representaban las escenas labradas por el escultor en las cuatro caras del sarcófago? Para empezar a dar un poco de luz en los debates a que daban lugar estas dos cuestiones y al mismo tiempo asentar las bases de la futura investigación, me decidí a publicar en el diario local un artículo titulado *Los problemas del Sarcófago Romano de Tarragona*. (9 Octubre 1948). Sobre la segunda de las referidas cuestiones, afirmaba en el artículo que en la cara del sar-

cófago donde se ve la escena de una cuadriga con los caballos encabritados y el auriga derribado en el suelo bajo las patas de éstos, teníamos la representación plástica de la desastrada muerte de Hipólito víctima de las intrigas de la enamorada Fedra. No me extenderé sobre este punto, porque mi interpretación ha sido aceptada sin discusión ninguna por los arqueólogos. Y no sólo esto: se ha descubierto que las escenas representadas en las restantes tres caras del sarcófago pertenecen al mismo ciclo de la leyenda griega de Hipólito y Fedra.

Es la primera de las dos referidas cuestiones la que todavía queda pendiente de solución y se puede asegurar que seguirá en pie hasta que el azar quiera depararnos el descubrimiento de un hecho remoto que explique satisfactoriamente la suerte que llevó al sarcófago al fondo de las aguas de aquella solitaria playa.

En el artículo de referencia sentaba las siguientes afirmaciones: "Dado el estado de conservación que presenta el sarcófago, no es de ningún modo admisible la hipótesis de haber estado sumergido por espacio de unos dos mil años... Hay que reconocer que en tiempos relativamente recientes el sarcófago se cayó al mar al tratar de embarcarlo o desembarcarlo o por efecto del naufragio del navío que lo transportaba". Interesa advertir que, según dictamen unánime de los arqueólogos que han examinado el sarcófago, éste es obra del siglo I o II de la era cristiana.

Puesta la cuestión en este plano, hay que reconocer que solamente dos hechos históricos se presentan como susceptibles de explicar el intento de embarco de que pudo ser objeto nuestro sarcófago. La guerra de la Independencia y la de Sucesión. Es sabido que tanto los franceses en calidad de enemigos, como los ingleses en calidad de amigos de España, se llevaron piezas valiosas del tesoro artístico de nuestra ciudad. No tenemos sobre la ocupación francesa ninguna referencia concreta sobre lo que se llevaron en su botín de guerra y sólo constan las graves depredaciones que hicieron en la ciudad.

En su Monografía *La Catedral de Tarragona*, escribe Emilio Morera: "Desde el comienzo de la guerra, en los primeros meses del año 1808, hasta la toma de Tarragona a últimos de Junio de 1811, las corporaciones religiosas, y a su frente el prelado y cabildo, sacrificaron imágenes, joyas y otros objetos de plata y oro destinados al culto, para la fabricación de moneda con que pudieran ser atendidas las necesidades del ejército, desapareciendo lo restante a la rapacidad de los invasores en los días del saqueo, sin perdonarse

siquiera los galones y franjas de oro y plata de ornamentos y cortinajes, arrancados con violencia y desgarro por la avaricia de una soldadesca desenfrenada”.

En cambio, de los ingleses se sabe positivamente que se llevaron piezas arqueológicas de la ciudad de gran valor, y esta sustracción provoca involuntariamente la sospecha, como luego veremos, de que alguna relación puede haber entre la presencia de las tropas inglesas en nuestra ciudad y el insólito emplazamiento que tocó finalmente en suerte al famoso sarcófago.

La cuestión del sarcófago romano ha derivado hacia otro asunto no menos interesante y que hasta hoy no había sido del todo estudiado y aclarado: el de las lápidas romanas de Tarragona llevadas a Inglaterra por Lord Stanhope. Esta cuestión que había permanecido últimamente por largo tiempo olvidada, ya había sido tocada con acierto por Hernández Sanahuja. En la *Historia de la Tarragona romana* de este insigne historiador y arqueólogo, al hablar de las lápidas romanas de Tarragona, leemos lo siguiente: “Las lápidas funerarias descubiertas en los contornos de la ciudad... pasan de 150, de las cuales existen en el Museo Arqueológico unas 50, sin contar las que habrán desaparecido. Hallándose el conde de Stanhope, almirante inglés, con la armada de su mando en el puerto de Tarragona en 1722 (?), durante las Guerras de Sucesión, pidió permiso para recoger las que se hallaban, sin duda, cubriendo sepulturas diseminadas por estos campos; y conseguido que fué, hizo una razzia de todas ellas, cargando algunos buques y llevándoselas a Inglaterra, en donde se conservan en una quinta que pertenece a su familia”. La noticia no puede ser más concreta.

A las tropas inglesas de Stanhope se debe la construcción de una larga serie de fortificaciones de Tarragona, entre otras, y sin duda la más importante, la llamada Falsa Braga, hoy convertida en Paseo Arqueológico, a lo largo de las murallas. La gran remoción de tierras y las excavaciones que las obras de fortificación debieron ocasionar, fueron sin duda circunstancias favorables al descubrimiento de importantes objetos arqueológicos. En el caso de ser cierta nuestra hipótesis, se explicaría también que los ingleses escogieran para el embarque del sarcófago el paraje en que ha sido hallado. Este debía de estar emplazado, como tantos otros monumentos funerarios romanos a lo largo de una importante vía de comunicación, en nuestro caso, la Vía Augusta, hoy carretera de Barcelona, donde aun podemos admirar, a escasa distancia del camino que lleva a la cala del

sarcófago, el llamado Sepulcro de los Scipiones. Por otra parte, en aquella misma zona, en el sitio en que ahora se levanta Mas Rabassa, junto a la carretera, se descubrieron hace años importantes restos de enterramientos romanos de personas de calidad, lo que demuestra que se trata de un importante *vico* de aquellos tiempos. Al tratar de embarcar los ingleses el sarcófago, se les cayó al agua y allí lo dejaron abandonado. No tiene nada de extraño que se hubiese producido este accidente. Testigos presenciales de la "pesca" del sarcófago me manifestaron que al ser izado y ya fuera del agua, hubo unos momentos de ansiedad entre los asistentes. No se había calculado el enorme peso del sarcófago y la barcaza, donde funcionaba la cabria, se inclinaba de una manera alarmante.

Con esta hipótesis quedaría explicado, en primer lugar el buen estado de conservación del sarcófago; en segundo lugar, el sitio en que ha estado sumergido; y en tercer lugar las mutilaciones de muchas de sus figuras que aparecen descabezadas, lo cual prueba que eran anteriores a la caída del sarcófago al mar y realizadas durante un largo período de abandono en lugar poco vigilado y apartado de la ciudad.

Este artículo mío señaló el principio de una polémica que, puede decirse, no ha terminado todavía. Al cabo de unas semanas nuestro artículo fué objeto de una réplica de José Sánchez Real, titulada "Anotaciones al artículo *Los problemas del sarcófago romano de Tarragona*", publicada en el *Diario Español* de esta ciudad en Octubre del año pasado. En esta réplica su autor trata en primer lugar de demostrar que el sarcófago, pese a su buen estado de conservación, ha podido estar sumergido en el mar desde los tiempos de Roma. "Si por una parte, dice el articulista, la capa de crustáceos que cubre la superficie del sarcófago parece pequeña para los dos mil años de inmersión que se le suponen, téngase en cuenta que estuvo colocado no a flor de agua, que es donde se pueden formar capas más gruesas, sino a seis metros de profundidad y en un lugar donde los temporales mueven arena en tal cantidad que es capaz de modificar el suelo submarino cercano a la costa, acumulando sobre el nivel en que estaba el sarcófago más de un metro de arena". El articulista hace además la siguiente observación: "El sarcófago, sumergido como estaba, aun suponiéndolo descubierto, no podía sufrir ningún gran destrozo por la acción mecánica del mar... Basta recordar cómo objetos más frágiles y delicados han pasado miles de años bajo el agua y no han experimentado grandes daños. Las ánforas que

nuestros pescadores acostumbra a sacar "cuando quieren" es una prueba de ello". Confesamos lealmente que estas observaciones son dignas de ser tenidas en cuenta.

Sobre la cuestión del emplazamiento del sarcófago en el fondo del mar, Sánchez Real rebate mi hipótesis sobre la intervención del Conde de Stanhope en un intento de sustracción del sarcófago, operación desgraciada que habría terminado con la caída al mar de esa magnífica pieza arqueológica. El texto de Hernández Sanahuja, por mí aducido, no tiene para el contraopinante ninguna autoridad, y se apoya para ello en dos razones: la 1.^a es la de no haber descubierto él en el Archivo Municipal documento contemporáneo ninguno en que se haga referencia al permiso que, según Hernández Sanahuja, pidió el Conde Stanhope al Ayuntamiento de la ciudad para recoger y llevarse las lápidas que encontrase en el Campo de Tarragona. Este argumento no es ninguna prueba concluyente, porque el que era la suprema autoridad militar de la plaza no necesitaba ciertamente ningún permiso de las autoridades civiles para un caso semejante. Ya veremos más adelante, que en realidad no medió en este asunto ninguna petición ni concesión de permiso. La segunda razón que alega el articulista para recusar el testimonio de Hernández Sanahuja es el error en que éste incurre al señalar el año 1722 al hecho de la razzia de lápidas romanas realizada en Tarragona por aquel personaje inglés. Efectivamente se trata de un error, como veremos más adelante; el año de los hechos de referencia fué el de 1710. La conclusión a la que llega Sánchez Real es que "la noticia dada por Hernández Sanahuja no puede tenerse muy en cuenta". Sin embargo, el Sr. Sánchez Real habiendo leído posteriormente el texto de *Corpus* de Hübner referente a las lápidas tarraconenses, admite como buenas las observaciones del epigrafista alemán sobre la cuestión (*Diario Español*, 11 marzo 1949), que en substancia confirman el aserto de Hernández Sanahuja y demuestran que "ha de tenerse muy en cuenta" la noticia que éste da sobre la expoliación de las lápidas romanas por Stanhope. Sobre la interpretación de una de las caras del sarcófago que habíamos expuesto en el referido artículo, no dice nada nuestro contraopinante. Se limita a admitirla implícitamente como acertada, desde el momento que habla del mito de Fedra e Hipólito como de algo evidente y ya sabido.

La réplica del Sr. Sánchez Real tuvo la virtud de espolearme a continuar mis indagaciones sobre lo que pudiese haber de verdad en las afirmaciones de Hernández Sanahuja, tan categóricamente com-

batidas por mi contraopinante. De los primeros libros que consulté, uno de los que más luz me dió en mi exploración, fué el *Corpus Inscriptionum Latinarum* de Hübner, en el tomo de las *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, 1869. He aquí traducidos del latín los pasajes, que nos interesan, del Prólogo que puso el ilustre epigrafista al repertorio de las lápidas romanas de Tarraco (p. 645).

"Los monumentos epigráficos de Tarragona, cuya abundancia hizo que sus ciudadanos se ufanasen de que los muros de la ciudad y sus quintas rústicas hablaban en latín, fueron abandonados con lamentable negligencia a partir de la época de Antonio Agustín; de suerte que han de ser considerados como dignos de elogio algunos extranjeros, principalmente ingleses, que se los llevaron de la ciudad... y así los salvaron de su destrucción. Esto es lo que hizo el vástago de la ilustre familia condal de Stanhope, el cual en el año 1722 tuvo el mando de la armada inglesa en la Guerra de Sucesión en España. Los españoles, siguiendo su costumbre de mezclar las cosas ciertas con cosas increíbles, apoyados en aquel hecho supusieron que los ingleses se llevaron de Tarragona por la fuerza naves enteras cargadas de lápidas, estatuas y obras de arte de todo género. Yo afirmaría como cosa cierta que el conde de Stanhope pagó lo que sustrajo con óptimo oro británico; y los que defraudan la patria, como suele suceder, no son los que compran, sino los que venden. Lo cual también reconocieron algunos discretos varones españoles. En efecto, el conde de Stanhope sólo sustrajo quince títulos en total, cinco de ellos editados ya por Grutero... tres conocidos por mí principalmente por Posada y los cinco restantes ignorados totalmente. Me alegro muchísimo de haberlos encontrado en Chevening, castillo (Cantiano?) de la familia Stanhope, cuando el año pasado fui a Inglaterra. Del mismo modo ya en el siglo XVI fueron exportadas siete lápidas a Barcelona".

Al final del citado prólogo añade Hübner un *Addendum*, en el que encontramos nuevos e interesantes detalles sobre la intervención de Stanhope en el asunto de las lápidas de Tarragona, y es digno de ser notado que alguna de las afirmaciones que en este suplemento hace el autor está en contradicción con las que acaba de hacer en el pasaje transcrito:

Addendum.

"Después de mandado esto a la imprenta, nos llega de Londres con destino al editor y enviada por nuestro amigo Augusto W. Frank una pequeña hoja impresa que lleva esta leyenda: "Inscripción romana en un monumento de mármol traído de Tarragona (hacia 1708) y conservado en Evening (en estos días 1864), Londres. Impreso por W. Clowes e hijos, Stamford Street, y Charing Cros, 1864, pp. 4, 8. En esta hoja se reproduce (proponitur) la lápida núm. 4315, conocida del editor, conde de Stanhope, sólo por la Antología de Burmann. En la anotación breve que la encabeza, entre otras cosas se lee: (en inglés) "Este monumento, junto con otros de la misma ciudad, fué ofrecido al General Stanhope por el "Cuerpo Municipal" de Tarragona; aquél los mandó a Inglaterra y luego los instaló allí donde ahora están etc." (Sigue el texto en latín).

Con lo cual queda confirmado plenamente lo que más arriba ha dicho Hübner sobre el destino de aquellas lápidas; pero, el inglés no las compró con su dinero, sino que las recibió en calidad de regalo de las autoridades, en aquel entonces, de Tarragona, lo cual está en contradicción con lo que Hübner declara antes: "yo afirmaría como cosa cierta que el conde de Stanhope pagó lo que sustrajo con óptimo oro británico."

Aprovechando la estancia en Londres de mi buen amigo y miembro de la Academia de Buenas Letras, de Barcelona, D. Javier de Salas, actual director del Instituto de España en Londres, me dirigí a él en carta fechada en Noviembre del año pasado, preguntándole sobre lo que había de cierto sobre las lápidas tarraconenses llevadas por Lord Stanhope a Inglaterra y rogándole me comunicase todos los datos y noticias que pudiese obtener sobre el asunto. En carta fechada el 6 de Diciembre del pasado año, mi amigo me contestó con una carta de la que extracto los siguientes párrafos:

"Las lápidas de Tarragona están aquí en Inglaterra en el jardín del Castillo de Chislehurst. Las vi este verano, pues, visitando el castillo cercano de Penshurst, supimos que aquel día estaban los jardines en flor del Castillo de Chislehurst y abiertos al público y que se podían ver también las lápidas romanas. Era una casualidad, pues tan sólo una vez al año es posible hacerlo.

"Las lápidas están en el jardín junto al lago, formando una pirámide y cubierto el todo por una glorieta abierta. Una inscripción recuerda como las lápidas fueron traídas de Tarragona por Lord Stanhope. Son unas 14, si no recuerdo mal, y desgraciadamente la humedad del lago hace que estas lápidas se hayan cubierto de verdín y difícil su lectura. Di cuenta detallada de ellas a Blas Taracena, Director del Museo Arqueológico de Madrid".

A esta carta siguió otra del mismo Javier de Salas acompañándome copia de otra de Lord Stanhope en contestación a una suya en que le pedía detalles sobre las lápidas tarraconenses expuestas en su castillo. He aquí el texto de la carta de Lord Stanhope:

"Me interesa mucho lo que Vd. me escribió y he estado inspectando las lápidas romanas aquí en el jardín. Mi abuelo dice en un folleto escrito en 1864 que estos monumentos fueron presentados al General Stanhope (luego el primer Earl de Stanhope) "por el Cuerpo Municipal de Tarragona como prueba de la gratitud por los servicios prestados a esa Ciudad y a España". Esto fué alrededor del año 1708, pero no fueron traídos aquí hasta que compró Chevening en 1717, aunque traídos a Inglaterra bastante antes.

"Hay 14 de estos monumentos, el más alto de los cuales mide 1,69 metros, pero la altura corriente es alrededor de 0,92 metros. Su hondura y anchura son alrededor de 0,62 por 0,77 m.

"Por estos detalles verá Vd. que estas lápidas son de gran peso y dimensiones y es muy probable que al embarcarlas se cayó una de ellas al agua. Las que están

aquí ahora en el jardín están en forma de pirámide en un pabellón abierto. Desgraciadamente, en 1940 cayó una bomba de 500 libras a una distancia de 46 metros causando bastante daño. Las reparaciones que se han hecho no han restituido, claro está, las inscripciones, algunas de las cuales fueron destruidas por la bomba.

"Siento que no existan libros publicados acerca de estos monumentos, aunque la inscripción en uno de ellos aparece, por lo visto, en un libro titulado "Anthologia Veterum Latinorum" curá Burmanni, 2 vols., ed. Amsterdam, 1773, vol. II, pág. 35. Al parecer se refiere a un libro en la Biblioteca Real de Madrid y a una nota escrita en dicho libro por Andrea Schottus. Esta inscripción hace referencia a un Jefe de la Facción Azul en Roma."

De esta carta hemos de destacar la observación que hace el actual Lord Stanhope al admitir como probable que una de las lápidas tarraconenses llevadas por su antepasado a Inglaterra se cayese al agua al embarcarlas. La observación resulta sospechosa. ¿Fué una lápida precisamente la que se cayó al agua? Nos sentimos tentados a preguntar: ¿no fué precisamente un sarcófago lo que se les cayó al mar a los ingleses en su intento de embarcarlo?

Después de leídas estas cartas, queda plenamente justificada y comprobada la afirmación de Hernández Sanahuja en lo que tiene de esencial, afirmación puesta en duda con marcada precipitación por el Sr. Sánchez Real. Aquel ilustre historiador pudo haberse informado del paradero de aquellas lápidas romanas sustraídas por Stanhope, por diferentes conductos. 1.º por la misma tradición oral que debía en aquel entonces conservarse viva en la ciudad de Tarragona, habida consideración del poco tiempo transcurrido desde los hechos; un siglo y medio. 2.º la noticia ya más concreta de la sustracción de las lápidas pudo saberla con absoluta certeza por el mismo Hübner, el cual había estado en Tarragona y tuvo correspondencia epistolar con Hernández. Y 3.º: éste pudo informarse del hecho gracias a diferentes fuentes escritas, unas contemporáneas, otras casi contemporáneas del suceso. El mismo Hübner demuestra conocer estas antiguas fuentes escritas, pues a ellas indudablemente se refiere al afirmar que los españoles llevados por su inveterada costumbre de mezclar lo verdadero con lo falso, exageraron sin duda las proporciones y la importancia de la expoliación al decir que los ingleses se llevaron de Tarragona por la fuerza naves enteras cargadas de lápidas, a las que añadieron, según otros autores, como más adelante veremos, obras de arte de todo género.

Nos hemos de detener en el examen de estas últimas fuentes de información en que debieron beber tanto Hübner como Hernández Sanahuja. Pero ello con una diferencia notable: que así como el his-

torizador tarraconense creyó a pies juntillas lo que declaraban algunas de estas fuentes contemporáneas del hecho, el epigrafista alemán con más sentido crítico y a la vista de las lápidas conservadas en el castillo de Chevening, redujo aquella expoliación a más modestas proporciones.

¿Cuáles eran esas fuentes escritas? Las verdaderamente originarias que han llegado a mi conocimiento se reducen a cuatro, de las cuales la última que citaremos constituye un testimonio propiamente indirecto, pues tanto Hübner como Sanahuja la conocieron seguramente, como al principio la conocimos nosotros, a través de otros textos, esto es, por testimonio de los autores más cercanos a los hechos.

La primera fuente de que haremos mención es la *España Sagrada* del P. Flórez. Este ilustre escritor que vivió en el siglo XVIII (1705-1773), dice en su obra lo siguiente (tomo 24):

"En orden a monumentos de la gentilidad y memorias de los romanos, es Tarragona la más rica de España, sin embargo de nuestra incuria y de la avaricia de otras naciones que extrajeron de allí hasta las piedras".

Esta declaración da fundamento para sospechar que el sabio agustino se refiere a la expoliación de las lápidas tarraconenses por los ingleses.

Más explícita es la segunda fuente, o sea, el *Viaje literario* del P. Villanueva, el cual vivió de 1765 a 1824. En el tomo XX, págs. 80 y 81 de su obra escribe:

"Otra causa de haber desaparecido muchas de las inscripciones de Tarragona, fué el saqueo que los ingleses hicieron de esta ciudad al tiempo de abandonarla, en las guerras que llamamos de Sucesión, a principios del siglo XVIII, porque entonces, como dice el Deán Martí, cargaron dos naves de las inscripciones que hallaron en Tarragona".

Por su parte, Antonio Elías de Molins, siguiendo seguramente a Villanueva, en su Opúsculo *Bibliografía histórica de Cataluña* (Madrid, s. d.) dice en el cap. referente a epigrafía romana:

"El ilustre arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustín en el siglo XVI, fué el primero que estudió con espíritu histórico las inscripciones romanas de Cataluña. Deseó, además, formar en su palacio un museo de antigüedades y pidió autorización al cabildo catedral de aquella ciudad para arrancar las inscripciones que había en las capillas y altares, y reunir las que existían esparcidas en Tarragona. No pudo realizar su pensamiento y las lápidas reunidas, en su casi totalidad se perdieron y sucedió como dijo muy oportunamente un escritor: "les labró contra su voluntad su sepulcro. "Además de estas lápidas desaparecieron otras de Tarragona, pero en época posterior, en el siglo XVIII. Según el deán Martí, cargaron los ingleses dos naves con inscripciones de aquella ciudad."

Como se ve, Elías de Molins en lo referente a las lápidas sustraídas por Stanhope no hace otra cosa que transcribir la noticia del P. Villanueva.

La tercera fuente es un curioso manuscrito que posee el Museo Arqueológico de Tarragona, escrito por José Boy, ingeniero en esta ciudad. Es un volumen de 110 hojas en folio. En el lomo se lee: "Boy, Antigüedades de Tarragona". En la portada se lee: "Recopilación sussinta de las antigüedades que se hallan del tiempo de los Emperadores Romanos en la Ciudad de Tarragona y sus sercanias. Copiadas y escritas de las mismas antigüedades, por Joseph Boy, Ingeniero en dicha ciudad. Año 1713". Al pie, en letra más moderna y distinta de la del texto, leemos: "De la Librería Mayansiana".

Cada lápida, escrupulosamente reproducida, sin omitir las grietas y resquebrajaduras, comprende dos hojas: la primera, lleva la explicación del yacimiento o lugar donde se encuentra la lápida, y sus medidas en palmos catalanes. La segunda contiene la copia gráfica de la piedra y su epígrafe. En la lápida núm. 30 cesan las explicaciones y la hoja correspondiente está en blanco. Este trabajo quedó a medio concluir.

En las hojas correspondientes a las lápidas 1, 2, 3, 25 y 26 dice el autor que los ingleses se las llevaron en 1710, al evacuar las tropas británicas el territorio de Cataluña en los últimos años de la Guerra de Sucesión.

Este curioso manuscrito fué cuidadosamente estudiado por Angel de Arco, director del Museo Arqueológico, en un trabajo publicado con el título *Un manuscrito inédito de Epigrafía tarraconense* en el BOLETÍN ARQUEOLÓGICO (Tarragona, 1901-1908, págs. 132-139).

Angel del Arco al señalar la noticia que José Boy da acerca de la sustracción de aquellas lápidas por los ingleses, añade por su cuenta este comentario: "El Conde de Stanhope, jefe de la armada británica... de triste recordación para la arqueología tarraconense, cargó materialmente sus naves de lápidas, estatuas y objetos artísticos de toda clase, que hoy lucen en los museos de la Gran Bretaña. Trece fueron, por lo menos las inscripciones que se llevó; casi todas se conservan, y las vió y copió Hübner en Chevening, en una posesión de la familia Stanhope, cuando en 1866 hizo un viaje científico a Inglaterra". Así pues, Angel del Arco, aun conociendo la versión del que fué testigo ocular de las lápidas de Chevening, no sólo se hace eco, sino que aun exagera las proporciones de la expoliación de las lápidas tal como fué descrita por el P. Villanueva.

Angel del Arco es el primero que rectifica la fecha equivocada de 1722 que dió Hübner a la expoliación y hace notar lo siguiente: "Hübner dice que Stanhope realizó este despojo en 1722, y, por el testimonio irrecusable del autor de nuestro manuscrito, se sabe que fué en 1710... La Guerra de Sucesión concluyó en España el ... año 1713". Esta equivocación sobre la fecha que cometió Hübner pasó después al ya citado texto de Hernández Sanahuja, como atinadamente observa Juan Salvat en el 4.º artículo de la serie que sobre el sarcófago y las lápidas publicó en el *Diario Español* de Tarragona.

El Sr. Sánchez Real, en un artículo publicado en el citado Diario el 11 de Marzo de 1949, llama la atención acerca de la equivocación sufrida por Hübner al señalar el año 1722 como fecha del embarco de las lápidas tarraconenses, y cree que fué Hernández Sanahuja quien se la dió. Nosotros, en vista de los resultados de nuestra investigación, hemos de creer, por el contrario, que fué Hernández Sanahuja el que copió el error de Hübner. La publicación de la *Historia de Tarragona romana* de H. Sanahuja mucho más reciente que la del Corpus de las inscripciones de la España latina (1869) y el hecho de ir en nota al pie de la página lo que dice H. Sanahuja acerca de la expoliación, indicio evidente de haber sido incorporado al texto a última hora, nos inclinan a creer que fué el historiador tarraconense el que copió a Hübner. Nótese, además, que Hübner no sigue a Hernández Sanahuja en su interpretación de los hechos; antes, por el contrario, refuta como absurda la versión catastrófica del P. Villanueva aceptada por nuestro arqueólogo. Al P. Villanueva, hemos de admitir que se refiere Hübner al afirmar que los españoles suelen mezclar la verdad con errores y al rechazar la versión de las naves cargadas. Si Hübner hubiese tenido presentes las opiniones de Hernández Sanahuja, no hubiese dejado de hacer constar con toda sinceridad que su sabio amigo estaba equivocado, aún en el caso de que hubiese admitido como buena la fecha de 1722.

Del Arco añade a su rectificación los siguientes interesantes datos: "Consta la presencia en Tarragona del ingeniero D. José Boy, en los primeros meses del año 1713... A mediados del citado año 1713 fué... destinado a Valencia, donde compuso el manuscrito con los materiales recogidos en Tarragona, o, si ya lo había redactado, se lo llevó consigo, pasando con el tiempo a la Biblioteca del señor Mayans". En otro pasaje el mismo Del Arco dice lo siguiente: "No solamente es apreciable este libro (de José Boy) por ser una compilación epigráfica, sino por los dibujos de algunas esculturas, prin-

principalmente relieves de divinidades romanas, que en su tiempo debían existir, y que tal vez pasaron también a Inglaterra en el célebre despojo del Conde Stanhope". Ninguna noticia que haga verosímil esta última sospecha de Angel del Arco ha podido ser descubierta hasta el presente.¹

Al manuscrito de José Boy alude Juan Salvat en su trabajo inédito, sobre *Las calles de Tarragona antigua*, laureado con el Primer Accésit de la Medalla "Antonio Agustin" en 1949, cuando examina la historia de la calle de la Destral de la ciudad de Tarragona. En esta alusión el Sr. Salvat se hace eco también del rumor de haber sido cargadas por el general Stanhope dos naves con despojos arqueológicos de la ciudad (Tomo I, p. 201).

"El nombre de la calle de la Destral —dice Salvat— lo atribuyen los historiadores a una lápida romana que se indica está empotrada en los bajos de una de las casas que ostenta como un atributo un hacha. Esta lápida no se encuentra actualmente en la calle de la Destral, habiendo casi la seguridad de que fué objeto del despojo de 1710 cuando el conde de Stanhope, jefe de las tropas inglesas que ocupó Tarragona con motivo de la guerra de Sucesión, cargó dos naves con estatuas, inscripciones, lápidas y demás de la antigüedad romana... El ingeniero D. José Boy... en el año 1713... explica en un manuscrito suyo... que la calle de la Destral se llamó así porque en una de las lápidas empotradas (en dicha calle) se ve al pie una segur o destral esculpida."

Por lo demás, se ha de hacer constar que esta lápida de la Destral no se encuentra entre las quince que, según referencia de Hübner, se llevó el conde de Stanhope a Inglaterra y que él vió en el Castillo de Chevening. Y observemos a este propósito que no hay absoluta unanimidad acerca del número de las lápidas llevadas por Stanhope a Inglaterra. Si por un lado afirma Hübner que son quince, por otro Javier de Salas en la carta antes transcrita dice haber visto catorce; y lo mismo declara el descendiente actual de los Stanhope en la carta contestación a Javier de Salas, también transcrita anteriormente. Por su parte Angel del Arco en el trabajo ya mencionado sobre el manuscrito de José Boy dice que "trece por lo menos son las inscripciones que se llevó" Stanhope.

Hablemos ahora de la cuarta y última fuente. Hemos visto que el P. Villanueva en el pasaje antes transcrito apoya todo lo que dice acerca de la expoliación de las lápidas tarraconenses en el testimonio del "Dean Marti". De éste toma él su aseveración de que los ingleses

(1) Sobre este curioso libro de José Boy encontrará el lector otras noticias interesantes al final del presente trabajo.



a las órdenes de Stanhope cargaron dos naves con lápidas. La *razzia* de lápidas romanas mandada hacer por el conde de Stanhope, a la que hace referencia Hernández Sanahuja, no es más que una ampliación de la versión de las dos naves cargadas de lápidas romanas que bajo la fe del Deán Martí nos da el P. Villanueva. De suerte, que podemos afirmar que el Deán Martí es la fuente originaria de todas las noticias referentes a la expoliación de las lápidas.

¿Quién era el Deán Martí? ¿Quién era este personaje al que con tanto respeto trata el P. Villanueva?

Manuel Martí y Zaragoza, Deán de Alicante fué, efectivamente, un gran personaje y un ilustre sabio.

Hemos encontrado una sucinta relación de su biografía y bibliografía en la *Enciclopedia Espasa*. En esta noticia no consta la fuente de los datos de su vida y de su obra. Pero finalmente nuestras indagaciones han tenido un feliz resultado. Puede asegurarse que todos los datos publicados en el artículo de dicha Enciclopedia han sido entresacados del extenso trabajo biobibliográfico que sobre la personalidad del Deán Martí puede leerse en el lugar correspondiente de la conocida obra de Vicente Ximeno, titulada *Escritores del Reyno de Valencia*, en dos tomos, publicados en Valencia en los años 1747 y 1749 respectivamente. Se desprende de esta biografía que el llamado Deán Martí fué una personalidad de considerable relieve entre los eruditos de su época. Manuel Martí y Zaragoza, que éste es su nombre verdadero, fué uno de aquellos hombres que, en posesión de excepcionales facultades y de una capacidad intelectual sobresaliente, parecen haber nacido predestinados a consagrar su trabajo al lucimiento y a la gloria de otros tras los cuales la historia los deja eclipsados injustamente.

He aquí los principales datos de su biografía. Manuel Martí y Zaragoza, nació en Oropesa (prov. de Castellón, diócesis de Tortosa) el 19 Julio de 1662. Estudió primeras letras y gramática en Castellón; filosofía y teología en Valencia. "Su ingenio, al decir de Vicente Ximeno, era capaz de adquirir todas las ciencias. Se aplicó al estudio de las letras humanas. Tenía numen poético desde niño, porque a los 10 años de edad compuso sonetos castellanos". En 1686 se trasladó a Roma. Ximeno describe su impresión al llegar a la Ciudad eterna en términos que permiten hacernos una idea viva de su temperamento: "Cuando llegó a divisarla, escribe su biógrafo, se arrebató de gozo; la saludó con ciento cincuenta versos que compuso de repente en su alabanza; y cuando entró por sus puertas se sintió

inflamado de un amor más intenso a la sabiduría, por considerar que hasta las mismas piedras podrían enseñarle. Negóse en ella enteramente a los placeres y delicias de que tanto abunda, y cerrándose en las Bibliotecas, aprendió en pocos meses a hablar y escribir los idiomas griego, hebreo y francés con tanta perfección como sabía el latín; y en la lengua italiana adquirió tal destreza, que en la facilidad de componer versos etruscos no le igualaban los naturales." En Roma fué Secretario del Cardenal Aguirre y él se encargó de preparar la edición de los Concilios nacionales y provinciales de España. Asimismo fué él el ordenador de los materiales de la *Bibliotheca Hispana Vetus* de Nicolás Antonio y éste le dió facultad para mejorarla y completarla a su gusto. Escribió para esta obra un Prólogo y una Epístola latina. Se graduó en Roma de Doctor *in utroque jure*. El Papa Incencio XII le nombró Deán de Alicante en 1696. Regresó a la península. Tomó posesión de su cargo, para lo cual tuvo que ordenarse sacerdote. Establecido en Valencia desde 1699, entró en el círculo de Gregorio Mayans y Siscar y fué el primer excavador de Sagunto, publicando en un libro los resultados de sus investigaciones. Volvió a Roma en 1717 para encontrar más ambiente a su sed de saber, pero por motivos ajenos a su voluntad regresó a España al año siguiente. Murió en Alicante en 1737.

Hemos buscado entre los títulos de sus obras cuál podía ser el libro en el que habla del asunto de la expoliación de las lápidas tarraconenses, pero nuestro examen ha sido infructuoso. Tal vez habla del asunto que nos interesa en alguna de sus cartas latinas, y podría ser que se encontrase lo que buscamos en la biografía latina que sobre él escribió y publicó su gran amigo Mayans con el título: *Vita Emmanuelis Martini Mantua*, 1735. Valdría la pena, para nuestro objeto, conocer esta obra. Todo lo referente al Deán Martí, en la cuestión de las lápidas es objeto actualmente de nuestra investigación.

El examen que acabamos de hacer de las fuentes originales de información nos ayudará a compulsar el valor que cabe atribuir a las fuentes de información secundarias, o sea, las más inmediatas a nosotros. Estas se pueden clasificar en dos grupos: las que describen la sustracción de las lápidas tarraconenses como el resultado de una razzia mandada hacer en el Campo de Tarragona por el Conde de Stanhope, el cual, según esta versión, hizo cargar algunas naves con las lápidas encontradas; y las que limitan el alcance de la expoliación a las quince o catorce existentes hoy en el Castillo de Chevening.

Al primer grupo de informaciones pertenece la nota publicada por Hernández Sanahuja en su *Historia de Tarragona romana*, la cual evidentemente procede de la noticia dada por Villanueva a través del testimonio del Deán Martí, y que fué recogida por Angel del Arco en su trabajo sobre el manuscrito del ingeniero José Boy. Y al segundo grupo pertenece la noticia escueta y objetiva que Hübner nos da, en el *Corpus Inscriptionum latinarum*, de las quince lápidas vistas por él en el citado castillo. Hay que destacar que Hübner no se limita a dar esta noticia, sino que aprovecha la ocasión para desmentir rotundamente, como una pura leyenda, la versión de la razzia y de las naves cargadas de lápidas y tesoros arqueológicos, que él conocía seguramente a través del texto del P. Villanueva. La noticia concreta que nos ha transmitido desde Londres Javier de Salas acaba de confirmar plenamente la veracidad de las afirmaciones del gran epigrafista alemán.

Una pregunta se desprende de este estudio. ¿Se ha de admitir como desvanecida, a menos que surjan en adelante noticias comprobadas y fidedignas a su favor, la hipótesis que, como una mera sospecha, formulé, de que habrían sido los ingleses al mando de Stanhope los que junto con las lápidas trataron de embarcar el famoso sarcófago de Punta de la Mora?

Sin embargo, antes de dar por definitivamente desechada la versión de la razzia y de las naves cargadas de lápidas, lanzada por el Deán Martí y recogida por el P. Villanueva, sería conveniente esperar descubrir el texto en el que el Deán Martí, que fué contemporáneo, cuando no testigo presencial de los hechos, cuenta lo de las dos naves inglesas cargadas de lápidas; porque aunque la versión parece absurda, podría ser la exageración de una recogida de lápidas superior a la de las catorce existentes en el castillo de Chevening.

* * *

Cuando ya había entrado en caja el presente estudio, nos ha cabido la suerte de hallar el pasaje del Deán Martí, que tanto nos intrigaba, en el que habla de las dos naves cargadas de las lápidas que se llevaron de Tarragona los ingleses al evacuar la ciudad, acabada la guerra de Sucesión. Primeramente, hemos encontrado el texto a través de su traducción del latín original, y luego al cabo de unos quince días, pudimos tener ante los ojos el mismo texto latino

del famoso Deán, sin que hayamos tenido la suerte de haber encontrado un ejemplar de la colección de las Cartas latinas del Deán, recopiladas y editadas por Mayans y Siscar, donde se halla aquel pasaje, a pesar de nuestras insistentes pesquisas en las bibliotecas de Cataluña.

La traducción, en lengua catalana, del pasaje del Deán, la hemos encontrado en el *Epistolario* de José Finestres, publicado en dos tomos, como apéndice a la obra sobre este gran erudito del Padre Casanovas (editada por la "Biblioteca Balmes", 1932, tomo I, página 343) ². Se encuentra el pasaje de referencia reproducido en una Nota que puso el P. Luciano Gallisá y Costa S. J. a un párrafo de su biografía latina de José Finestres: *De vita et scriptis Josephi Finestres et a Monsalvo... Cervariae Lacetanorum... Anno MDCCCII*, (pág. 96. Nota). Dicha nota del P. Gallisá, redactada en latin como la biografía, dice lo siguiente, traducida al castellano: "El muy ilustre Juan Antonio Mayans, hermano de Gregorio, no menos por la erudición que por el nacimiento, cuando era arcediano de Culla y prepósito de la Iglesia de Tortosa, compró un volumen en folio, manuscrito, con este título: "Recopilación succincta de las antigüedades romanas que se hallan del tiempo de los emperadores romanos en la ciudad de Tarragona y sus cercanías, copiadas y escritas de las mismas antigüedades, por Josep Boy, ingeniero en dicha ciudad, año de 1713". A continuación reproducimos lo que resta del texto, en su original latino: "Hoc quantivis pretii volumen existimat vir ille (esto es, Juan Antonio Mayans), harum rerum peritissimus, illud ipsum esse ex quo Finestresius ad ornandam suam Syllogem valde profecit. In eo autem indicantur inscriptiones quas angli asportarunt, cuius facti meminit etiam Emmanuel Martinus, lib XI, ep. 4: PER PROXIMA BELLA, inquit, CUM ERUDITI QUIDAM ANGLI TARRACONENSEM AGRUM DILIGENTIUS LUSTRARENT, MAGNAM INSCRIPTORUM LAPIDUM VIM DUABUS ONERARIIS IMPOSITAM NAVIBUS IN MAGONIS PORTUM MISERUNT; UT INDE IN ANGLIA AVEHERENTUR".

Lo que, traducido al castellano, dice lo siguiente: "Durante la guerra reciente, habiendo recorrido con suma diligencia unos eruditos ingleses el campo de Tarragona, embarcaron en dos naves de carga una gran cantidad de lápidas escritas hacia el puerto de Mahon para llevárselas después a Inglaterra".

(2) Josep Finestres. *Estudis biogràfics*, Biblioteca Balmes 1932, pp. 343, 350.

Al mismo, pasaje del Deán Martí alude José Vega, según afirma el P. Gallissá en la misma Nota, en su *Libro de cosas curiosas*, que dice así: "Siendo D. Juan Antonio Mayans arcediano de Tortosa, compró un tomo en folio ms. con este título (aquí se reproduce el del libro de Josp Boy, antes transcrito). Las señas cuadran con lo que se ve en este volumen muy apreciable, entre otras cosas porque va notando qué inscripciones se llevaron los ingleses a Puerto Mahón, de cuyo hecho habla el Deán Martí (libro XI, epístola 4)".

Por su parte, Josep Finestres en la carta a Gregorio Mayans (Carta núm. 478 del *Epistolario*, edición "Biblioteca Balmes") del 1.º Sbre. 1751, dice: "Tuve en mi poder un libro de las inscripciones de aquella ciudad y su contorno, copiadas de las mismas piedras, con la medida de éstas y el tamaño de las letras, según me dixeron, en tiempo que estaban allí los ingleses, y con aquellas copias emendé algo las mías". Hemos de preguntarnos si en realidad esta indicación de José Finestres se refiere al libro de Josep Boy. Creemos que no, porque Finestres declara haber visto su libro en Tarragona, siendo así que el libro de Josep Boy está en Tarragona por adquisición hecha en tiempo reciente; y, como ya hemos indicado, después de su adquisición en Tortosa por Juan Antonio Mayans fué a parar a la Biblioteca Mayansiana de Valencia, procedencia que está indicada en el mismo libro por mano posterior. Por otra parte el mismo José Finestres, en otra carta (núm. 1104) a Gregorio Mayans fechada en 6 de Marzo de 1774, esto es, en fecha posterior a la de la carta antes citada, dice textualmente: "Aunque deseo servir a Vm. ...no encuentro camino para procurar el que tenga Vm. la relación sucinta que pide de las antigüedades romanas que se hallan en Tarragona copiadas por Josep Boy, porque ninguna noticia tengo de dicha recopilación y menos donde para. El hermano de Vm. el Sr. D. Juan Antonio, que la leyó ...podría decir de donde la sacó, y si el sujeto que la tenía es hombre que la comunicaría a otro para sacar copia de ella". Añade luego que tiene la certeza de que el P. Flórez en su tomo 24 de la *España Sagrada* habrá utilizado la Recopilación de Josep Boy. Se equivocó Finestres en sus esperanzas, pues el P. Flórez no habla en su obra del manuscrito de José Boy.

Las consecuencias que tiene el pasaje transcrito de la Carta del Deán Martí son no sólo importantes, sino en buena parte decisivas para el resultado de nuestra investigación. La noticia que da acerca de la intervención de los ingleses en el asunto de las lápidas tarraconenses no puede ser más concreta. Téngase presente tres cosas. La

primera, que el Deán Martí fué contemporáneo del hecho por él relatado. Segunda, que él, según leemos en su biografía ³, pasó dos veces por Tarragona de vuelta de Roma, y la segunda vez a fines de 1718, esto es, pocos años después de 1710, en que tuvo lugar la expoliación. Tercera, que el testimonio del Deán en este asunto es de excepción por la gran fama que él tuvo, entre la gente docta de su tiempo, de erudito amante, como pocos, de la verdad, y temible en las polémicas sobre materias de erudición por la gran robustez de su sentido crítico que hizo de él el consultor obligado y universalmente respetado en las cuestiones históricas que se debatieron en su tiempo. Todos estos antecedentes de su personalidad creemos que obligan a tomar en serio su declaración y a aceptar su veracidad y la realidad de los hechos por él relatados.

Contribuyen a fortalecer esta convicción algunos detalles muy precisos y concretos que acompañan a su noticia y que no fueron registrados por ninguno de los autores que, apoyándose en su autoridad, sólo se han transmitido unos a otros, hasta llegar a Hernández Sanahuja, la noticia de la expoliación de las lápidas tarraconenses realizada por los ingleses. Resulta, en efecto, muy significativo el detalle de que el embarque de las lápidas fué precedida de una "diligente" exploración del Campo de Tarragona por unos eruditos ingleses, lo que demuestra que la exploración no fué realizada por meros aficionados, sino sobre base científica por técnicos especializados hechos venir de Inglaterra o que se encontraban ya entre las tropas de ocupación. La misma precisión de ser *dos* las naves en que cargaron las lápidas y la de ser éstas en gran cantidad, inclina a creer en la realidad de los hechos. Y, finalmente, otro detalle realista del testimonio de Martí, que no ha pasado a los autores que aprovecharon su noticia, es el de que las dos naves se llevaron las lápidas a Mahón en espera de ser reembarcadas a Inglaterra.

Sea como sea, valdría la pena que algunos eruditos españoles, a imitación de aquellos eruditos ingleses de que habla el Deán Martí, realizasen una detenida exploración, no en el Campo de Tarragona, sino un poco más lejos, en los museos de Londres e Inglaterra en busca de los posibles restos arqueológicos procedentes de Tarragona que en ellos pueden guardarse.

MANUEL DE MONTOLIÚ.

(3) L. de Ontalvilla. *El Deán Martí. Apuntes biobibliográficos...* Valencia, 1899. Cap. III. El nombre del autor es seudónimo de Pascual Boronat.